THE GARDEN OF EDEN
A. R. I. D.

2.

Presented by
Miss Sarah Cooper Sewall
Miss Eleanor G. Sewall.
January - 1923.

LA CABAÑA
DE TOM

Cuentos de Calleja

en colores

Tercera serie.

- 1. Cuentos de Perrault.**
- 2. Cuentos de Mme. D'Aulnoy.**
- 3. Fábulas de La Fontaine.**
- 4. La Cabaña de Tom.**
- 5. Gulliver en Liliput y Gulliver
en Brobdiñac.**

Propiedad - - Derechos reservados
Copyright 1918 by Casa Editorial Calleja

La Cabaña
de Tom

TD

LA CABANA DE TOM

POR H. BEECHER STOWE

ADAPTACIÓN
ABREVIADA DE
K. FITZGERALD
TRADUCIDA DEL
FRANCÉS POR
C. DE REYNA
GRABADOS DE
TH^{OS} DERRICK

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

ABRAHAM

LINCOLN

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID

PS
2953
562
R44
1919
CHABOD

759.R
D4385
R410e

ENTREMOS por un momento en la choza de Tom. Allí veremos a la negra Cloe, su mujer, y a sus hijos. Cloe, después de despachar la comida en la casa de los amos, acababa de volver a la suya, donde se ocupa ahora en preparar la cena de su marido y de sus hijos. Está de pie y muy atareada. Tiene cara redonda, piel negra y lustrosa, y lleva en la cabeza un gran pañuelo, dispuesto en forma de turbante.

Echemos una rápida ojeada al interior de la habitación. En un rincón hay una cama, cubierta con una colcha blanquísima, y al pie de ella una alfombra que Cloe tiene en grande estima, sirviéndole como de sala de

recibo el trozo de suelo que cubre. En otro rincón hay otra cama más modesta, y sobre la chimenea, que está encendida, cuelgan de la pared varias estampas.

En un tosco banco, dos negritos de lanuda cabeza, ojos vivos y caras rollizas, se entretienen viendo los pinitos que hace para sostenerse y andar una negrita, hermanita suya, menor que ellos. La negrita quiere andar, pero vacila y cae a cada momento, provocando la hilaridad y la gritería de sus hermanitos, a quienes hacían muchísima gracia aquellos ensayos. Vese frente a la chimenea una mesa cubierta con un mantel, y sobre ella varios platos y botellas. Junto a ella está sentado Tom, brazo derecho de su amo, el cual es también dueño de varios otros esclavos de ambos sexos.

Tom es hombre fornido, ancho de pecho y de tez negra y lustrosa. El perfil de su rostro, la expresión de sus facciones y la gravedad y sosiego de su continente revelan al negro africano. Todo en él respira dignidad y sencillez humilde y confiada. Tiene puesta toda su atención en una pizarra, en que copia torpemente una muestra que tiene delante, dirigido por Jorge, joven de unos trece años de edad, hijo mayor del amo.

— Así no — dícele el joven, al verle trazar una *g* como si fuera una *q* —. Ese rabo está al revés.

— ¿Sí? — exclama Tom, mirando con admiración respetuosa a su amito, el cual ilustra su lección escribiendo en la pizarra varias *qq* y *gg*, después de lo cual

vuelve Tom a tomar entre sus torpes y gruesos dedos el pizarrín, y prosigue su interrumpida tarea.

— ¡Qué bien saben los blancos hacer las cosas! — exclama Cloe, sin interrumpir su tarea y mirando con satisfacción al niño Jorge —. ¡Cuánto sabe! ¡Da gusto oírle leer cuando viene aquí por la noche!

— Tengo un hambre atroz, Cloe — le dijo el niño Jorge —. ¿Tardarás mucho en acabar la tarta?

— No — contestó ella, levantando la tapadera de la cacerola —. Ya va tomando color. Eso queda de mi cuenta. El otro día se empeñó el ama en que Sally hiciera una para que aprendiera. . . ¡Vamos, niña! — le dije —. ¡Me da lástima ver desperdiciar tantas cosas buenas! El arroz salió todò apelmazado. . . ¡Qué estropecio! ¡Ea, negritos! Moisés, Pedro: ¡quitaos de en medio!, y tú, Polly, cariño mío; tu taitica no os olvida a ninguno. Niño Jorge: quita los libros y siéntate con el viejo a la mesa, que voy a servir la cena.

Después del primer servicio, Jorge, blandiendo un cuchillo, se disponía a arremeter con la tarta.

— ¡No, por Dios! — exclamó Cloe, asustada —: la destrozarías. Yo la partiré — dijo, acompañando la acción con la palabra —. Ahora ya podéis comerla.

El niño Jorge no se hizo de rogar, y devoró, más que comió.

No se olvidó de los negritos, que le miraban en silencio.

— ¡Moisés y Pedro, acercaos! — dijo Jorge, arroján-

Cuentos de Calleja

doles unos trozos de la tarta —. ¿No podrías hacerlos unos cuantos pastelitos, Cloe?

Acabada la cena, Jorge y Tom se sentaron a la chimenea. Cloe, después de cocer unos pastelillos, colocó al negrito chico en sus rodillas y le dió de comer unos bocados, al mismo tiempo que lo hacía ella misma, sin olvidarse de Moisés y Pedro. Pero éstos preferían comer solos. Gateando debajo de la mesa, se pusieron a jugar y enredar, tropezando a menudo con los pies de su hermanito,

— ¡Vaya! — dijo Cloe, dándoles un puntapié para apartarlos —. ¿No podréis portaros como se debe delante de gente de respeto? ¡Ea, basta de juego!

Los dos negritos, con la cara y las manos embarradas de grasa, fueron a abrazar a su hermanita.

— ¡Fuera de aquí! — dijo Cloe —. ¡Id a la fuente a lavaros!

Y confirmó su orden con una ruidosa guantada, que no produjo otro efecto que excitar aún más la risa de los negritos, los que corrieron gritando hacia la puerta.

— ¿Habrás visto qué escándalo? — dijo Cloe, con semblante alegre. Después, con una servilleta que humedeció ligeramente, limpió la cara de la negrita que tenía en la falda y se la entregó en seguida a Tom, que la puso sobre sus rodillas.

Capítulo II

EL señor Shelby y su mujer están cara a cara sosteniendo un animado diálogo en la sala de su casa.

— A propósito, Arturo: ¿quién es ese sujeto grueso que tienes a cenar esta noche con nosotros?

— Es un tal Haley — contestó el marido con cierto embarazo.

— ¿Y a qué ha venido aquí ese hombre, y quién le ha dado confianza para convidarse él mismo?

— He sido yo quien le he convidado. Es un sujeto con quien tengo que arreglar unas cuentas pendientes.

— ¿Es un tratante de esclavos? — preguntó la señora de Shelby.

— ¿De dónde has sacado eso? — le dijo su marido.

— Te lo digo porque Elisa, mi criada, me ha preguntado hoy mismo si tenías intención de venderla a ella y a su hijito.

— Sin duda, Emilia — le contestó el señor Shelby —, tendré por fuerza que vender algunos de nuestros esclavos, porque no veo otra manera de salir de la situación difícil que estoy atravesando, y siento decirte que uno de los que he tenido que vender ha sido Tom.

— ¡Cómo! — exclamó ella —. ¿Has tenido el valor de vender al pobre Tom, a ese criado leal y bonísimo, que

nos ha servido toda su vida? Le tenías prometida la libertad; tú y yo se lo hemos asegurado muchas veces. Ahora puedo creerlo todo: hasta que vendas también a Enriquito, el hijo único de la pobre Elisa.

— Pues bien: ya que es preciso que te lo diga todo, sábetelo que también lo he vendido. He vendido a Tom y a Enrique, y no creo que pueda llamárseme un monstruo por hacer una cosa que hace todo el mundo a diario.

— Pero, ¿por qué has sacrificado a Tom y a Enrique, y no a cualesquiera otros? — preguntó la señora.

— Pues, sencillamente, porque me los pagan mejor que los otros; ahí lo tienes explicado.

— ¡Ay, Arturo. Si separamos a Tom de todo aquello a que está apegado, de lo que le hemos hecho que quiera, ¿qué va a ser de él? ¡Se morirá, de seguro!

— Siento muchísimo la pena que todo esto te produce; pero el tratante se ha empeñado en ello, y no he tenido más remedio que bajar la cabeza.

La señora de Shelby guardó silencio un rato, y exclamó después con acento amargo:

— ¡Ay! ¡La esclavitud es una cosa terrible, odiosa; tan odiosa para el amo como para el esclavo!

— No te apenes tanto, Emilia, porque el mal no tiene ya remedio. Ya está firmada la escritura de venta.

A hora muy temprana de la mañana siguiente se presentó la pobre Elisa a su ama y le dijo llorando:

— No me tome su merced por una ingrata; pero

anoche oí por la ventana lo que hablaba el amo con su merced. Voy a huir con mi hijito, y no piense su merced mal de mí por eso.

Y sin dar más explicaciones, se alejó la pobre Elisa. Llegóse, antes que nada, a la cabaña de Tom. Cloe, al verla acercarse a aquella hora, corrió a abrir la puerta diciéndole:

— ¿Qué ocurre, Elisa? ¿Está mala o ha tenido algún disgusto? Me asusta verla por aquí a estas horas.

— Me voy, ña Cloe; me llevo a mi hijo, porque el amo lo ha vendido.

— ¡Que lo ha vendido! — exclamaron estupefactos Cloe y su marido.

— ¡Sí, lo ha vendido! — contestó Elisa —. Anoche, desde la habitación del ama, donde me había escondido, oí la conversación que tenía con el amo y me enteré de que mi Enrique y Tom han sido vendidos a un tratante de esclavos. El amo saldrá temprano a caballo, y mientras tanto vendrá el tratante a llevárselos.

Al pronto pareció Tom no comprender lo que Elisa decía; pero poco a poco se fué haciendo cargo de ello, y se desplomó, más que se sentó, en el taburete, escondiendo la cara entre sus rodillas.

— ¡Dios tenga piedad de mí! — exclamó Cloe —. Me parece mentira lo que sucede. ¿Qué ha hecho este pobre infeliz para que se le trate de esa manera?

— Ahora lo que me queda que hacer es huir cuanto antes con mi hijo — dijo Elisa —. Os suplico, mis que-

Cuentos de Calleja

ridos amigos, que le aviséis a mi marido de lo que pasa, que le expliquéis por qué he huído, y le digáis que tengo la intención de ir al Canadá.

Cruzáronse algunas palabras más, acompañadas de llantos y suspiros, y la pobre mujer salió silenciosamente de la cabaña.

Capítulo III

A la mañana siguiente, muy temprano, sonó la campana, y fué llamado Tom para que se presentase ante su amo y el señor Haley, que estaban juntos en la casa.

— Tom — le dijo el primero, en tono amistoso —, quiero que sepas que me he comprometido con el señor Haley a pagarle mil pesos si no te pones a su disposición para cuando te necesite. Hoy está ocupado con otros asuntos y tienes el día por tuyo. Puedes ir y venir por donde quieras.

— Gracias, el amo — le contestó Tom.

— Y acuérdate bien de lo que acaba tu amo de decirte — añadió el tratante —, y no vayas a jugarle una de esas pasadas a que tan dispuestos estáis los negros; porque si te huyes, no le perdono un solo centavo. Si me hiciera caso, no se fiaría de ninguno de vosotros, porque os escurris como anguilas.

— Niño — dijo Tom, irguiéndose —: tenía yo ocho años justos, y tú no tenías uno todavía, cuando el ama vieja te puso en mis brazos. Tom — me dijo —, ahí tienes a tu amito; cuidalo. Y ahora te pregunto: ¿he faltado nunca a mi palabra, ni he hecho nada que pudiera traerte algún daño?

Cuentos de Calleja

La emoción que sintió el señor Shelby llenó sus ojos de lágrimas.

— Mi querido Tom — exclamó —, bien sabe Dios que no dices más que la verdad, y que por nada del mundo haría lo que hago si hubiera podido evitarlo.

— Y yo, por mi parte, te doy mi palabra de cristiana — añadió la señora de Shelby, que entró en aquel momento — de que volverás con nosotros en cuanto podamos reunir lo bastante para rescatarte. Señor Haley, haga el favor de tener en cuenta lo que acabo de decir; adviértaselo a la persona que compre a Tom, y hágamelo saber.

— Nada más fácil — contestó el tratante —. Puedo revendérselo pasado un año. Nada habrá perdido sirviendo un poco a otros.

No duró mucho esta conversación, porque el tratante tenía prisa por ponerse en camino. Tom adivinó que la prisa de Haley era debida a su deseo de capturar a la pobre Elisa y a su pequeño. Pero Elisa estaba ya lejos. Cargada con su hijo, había logrado ponerse en la orilla de un río que arrastraba témpanos de hielo en su corriente, y con habilidad extraordinaria, saltando de témpano en témpano, resbalando aquí, cayendo allá, había podido pasar el río con su hijo en brazos.

Tuvo la suerte de tropezar, en la otra orilla, con un labrador honrado, que le dió de comer y de beber, y le prometió tenerla escondida aquella noche en su casa.

La señora de Shelby tuvo noticia de estos sucesos

La Cabaña de Tom

por dos de sus negros, Sam y Andy, que habían acompañado a Haley en su persecución. Alegróse tanto ella, como sus dos esclavos, de que estuviera en salvo la pobre Elisa con su hijito. Por ellos mismos supo Cloe lo sucedido; pues después de ver a su ama y contárselo, fueron ambos a la cabaña de Tom, donde cenaron alegremente y refirieron toda la aventura.

Capítulo IV

AL día siguiente fué la partida de Tom. En su cabaña reinaba el desorden. En la pequeña mesa, frente a la chimenea, se ocupaba ña Cloe en planchar las camisas de su marido con el cuidado más escrupuloso. De cuando en cuando se llevaba la mano a la cara para enjugar las lágrimas que brotaban en abundancia de sus ojos y corrían por sus mejillas. Tom estaba sentado próximo a ella, y ambos guardaban silencio. Sus hijos estaban aún dormidos. Tom se levantó y se acercó a contemplarlos.

— ¡Los veré por última vez! — dijo entre dientes.

Ña Cloe no contestó. Seguía ocupada en su tarea del planchado. De repente, dejando la plancha con un ademán de desesperación, se sentó ante la mesa y dijo entre sollozos:

— Dice el amo que te comprará de aquí a uno o dos años, pero nadie vuelve de esas tierras del Sur. Allí, según he oído, matan en las haciendas a los negros, a fuerza de trabajos y malos tratos.

En aquel momento uno de los negritos gritó:

— Ahí viene el ama.

— ¿A qué vendrá, si de nada puede servirnos? — exclamó ña Cloe.

En esto entró la señora.

— Tom — dijo —, aquí vengo a . . . a . . . — Y no pudo seguir hablando, porque los sollozos le cortaron la voz. Con la vista puesta en Cloe y en su marido, se sentó, llevándose el pañuelo a los ojos.

— Mi buen Tom — dijo, cuando pudo recobrar el uso de la palabra —, nada puedo darte que te sirva. Si te diera dinero, te lo quitarían. Pero te juro que te volveré a comprar en cuanto tenga manera de hacerlo.

En aquel momento los gritos de los negritos anunciaron la llegada de Haley. Éste entró en la habitación, empujando la hoja de la puerta con el pie sin la menor ceremonia. Estaba de un humor pésimo.

— ¡Ea, negro!; ¿estás listo? — dijo. Y al ver allí a la señora de Shelby se quitó el sombrero.

Levantóse Tom tranquilamente de su asiento, se echó sobre los hombros su pesado baúl y se dispuso a seguir a su nuevo amo. Cloe, con su hija en brazos, fué detrás de Tom hasta el coche para despedirse de él, y tras ella fueron los dos negritos mayores llorando a gritos. La señora de Shelby se acercó a Haley, lo detuvo breves momentos y le habló unas cuantas palabras en voz baja.

El coche no estaba lejos de la puerta de la cabaña, rodeado de una turba de esclavos de todas edades, que no querían dejar de despedir al que había sido hasta entonces su compañero.

— Parece que soporta usted su desgracia con más

calma que nosotros — dijo a Cloe, que parecía tranquila, una de las esclavas que estaba allí llorosa, despidiendo a Tom.

— Ya no tengo lágrimas — contestó Cloe, dirigiendo feroces miradas a Haley — . No quiero llorar delante de ese malvado.

— ¡Subid al coche! — ordenó a Tom el tratante, sin preocuparse de la amenazadora actitud del grupo de esclavos que se había reunido en torno de ellos.

Tom montó en el coche, y Haley, sacando de debajo del asiento unos pesados grillos unidos por una cadena, se los puso en los tobillos. Un murmullo de indignación se dejó oír en el grupo de esclavos que contemplaban aquella escena.

— Os aseguro, señor Haley, que esa precaución es completamente innecesaria — dijo desde el colgadizo de su casa, donde estaba asomada, la señora de Shelby, dirigiéndose al tratante.

— No lo dudo, señora — contestó el interpelado — ; pero vuestra criada Elisa me ha hecho perder ayer quinientos pesos, y no quiero exponerme a perder más dinero.

— ¿Pero qué puede esperarse de ese hombre? — dijo ña Cloe indignada, mientras sus dos hijos mayores lloraban desesperadamente, agarrados a su falda.

— Siento no despedirme del niño Jorge — dijo Tom.

Jorge, en efecto, no estaba allí. Había ido a pasar

unos días con un amiguito suyo, en una finca vecina, y no se había enterado de nada.

Haley fustigó al caballo y el coche arrancó al momento, alejándose rápidamente de aquellos lugares que tantos recuerdos tenían para el pobre Tom, el cual no separó de ellos la vista hasta el último momento. Cuando hubieron andado como una milla, Haley paró el coche delante de una herrería, y sacando un par de esposas se apeó y entró en ella.

— Son algo chicas para ese ciudadano — dijo al herrero, señalándole a Tom.

— ¡Dios mío!, ¡si es Tom!; ¡es imposible que lo haya vendido el señor Shelby! — exclamó el herrero.

— Pues lo ha vendido — le contestó Haley.

— ¡Es increíble! Pero no necesitáis sujetarlo con cadenas; es la criatura más buena que existe en el mundo.

— ¡Bueno, bueno! Esas criaturas buenas son justamente las que mejor saben fugarse. Los negros inteligentes odian la esclavitud más que la muerte, y hay que encadenarlos, porque si tienen libertad para mover las piernas, saben aprovecharla.

Tom contemplaba con tristeza aquella escena, sentado en el pescante del coche. Oyóse en esto el ruido de un caballo que se acercaba por el mismo camino que había traído el coche. Era el niño Jorge, que llegaba apresuradamente al trote largo de su caballo. Sin dar tiempo a Tom de reponerse de su sorpresa, echó pie a

Cuentos de Calleja

tierra, subió al coche y abrazó efusivamente a Tom, entre sollozos y suspiros mezclados con imprecaciones.

— ¡Es una cosa abominable! — exclamó — . Me tiene sin cuidado lo que digan de mí; pero sostengo que esto es una vergüenza y una infamia. ¡Oh!, si yo fuera grande, no pasarían cosas como éstas; ¡no!, ¡no las consentiría!

— ¡Ay, niño Jorge! ¡No sabes el bien que me haces! No podía soportar la idea de marcharme sin verte.

— Tom, querido Tom, no pierdas la esperanza. Yo te traeré de nuevo con nosotros. Ya se lo he dicho a Cloe: cuando sea grande, construiré una cabaña nueva para ti con una salita alfombrada. Todavía has de pasarlo bien en tu vida, Tom.

Presentóse Haley en aquel momento en la puerta de la herrería, con las esposas en la mano.

— Está bien, señor mío — le dijo Jorge con altivez al mismo tiempo que saltaba del coche a tierra — . Diré a mi padre y a mi madre cómo tratáis a ño Tom.

— Haga lo que le parezca — le contestó el tratante.

— Debierais avergonzaros — prosiguió Jorge — de pasaros la vida comprando hombres y mujeres para encadenarlos como animales. Verdaderamente es una vergüenza lo que hacéis.

— Mientras las personas distinguidas compren hombres y mujeres, seré tan bueno y tan honrado como ellas — le replicó Haley — . No veo por qué ha de ser más vergonzoso venderlos que comprarlos.

HALEY SE LLEVA A TOM

— Yo no haré ni lo uno ni lo otro cuando sea grande. En este momento me avergüenzo de ser kentuckiano, yo, que tan orgulloso me sentía antes de mi patria. Adiós — dijo, dirigiéndose a Tom —. No te descorazonas.

— Adiós, niño Jorge — le contestó Tom, contemplándole con ternura.

— Ten presente lo que vas a oír — dijo Haley a Tom, al tiempo de montar en el coche —. Tengo intención de tratarte bien, como lo hago con todos mis negros; pero empieza tú por portarte bien conmigo y yo haré lo mismo contigo. Yo no soy nunca duro con los negros. Los trato lo mejor que puedo. Sé dócil y no pretendas hacerme jugarretas, y no te arrepentirás de ello, créeme. Yo sé muy bien todas vuestras tretas y de nada te valdrían. Cuando los negros son tranquilos y no tratan de fugarse, lo pasan bien conmigo. Si no son razonables, no tendré yo la culpa, sino ellos, de lo que les suceda.

Tom aseguró al tratante que no tenía la más remota intención de fugarse; aparte de que le sería imposible realizarlo estando encadenado como estaba. Pero Haley tenía por costumbre inaugurar sus relaciones con sus mercancías con discursos del estilo del referido, que creía a propósito para evitar escenas desagradables.

Capítulo V

M. HALEY

HALEY y Tom prosiguieron su viaje, absortos en sus pensamientos. Sacó Haley del bolsillo varios periódicos y leyó los anuncios. Recitó en voz alta uno en que se publicaba una venta de esclavos para

aquella semana, en la cercana villa de Washington, hacia la cual se dirigían.

Llegaron ya tarde a ella, y se detuvieron allí a pasar la noche.

Al día siguiente, a cosa de las once, agolpábase numeroso público ante el Tribunal de Justicia, esperando que comenzara la anunciada subasta. Los negros y negras puestos a la venta formaban grupo aparte. Entre ellos vió Tom, con tristeza, una mujer asida de la mano de un muchacho de unos catorce años, la cual se estremecía cada vez que alguien se acercaba a ellos. Era evidente que temía ser vendida sin su hijo. Y en efecto: Haley no vaciló en comprar al muchacho, separándolo de su pobre madre. Compró además un hombre de treinta años, robusto y de buena presencia, que se llamaba Juan.

Pocos días después se embarcaba Haley con sus tres negros en uno de los vapores que subían y bajaban por el río Ohío, deteniéndose en los diversos puertos de sus orillas. En algunos de esos puertos habían de agregarse otros esclavos a los que Haley llevaba consigo, y que sus agentes habían comprado a su nombre. El vapor se llamaba *La Belle Rivière*, y era uno de los más hermosos que hacían el servicio en el río Ohío.

Bajaba el vapor por el río, ostentando la bandera listada y estrellada de los Estados Unidos de América, bajo un cielo espléndido. Los pasajeros estaban todos en la cubierta, gozando de las delicias del ambiente.

Cuentos de Calleja

Todo era allí felicidad y alegría. Sólo los negros de Haley, hacinados en el entrepuente, parecían no apreciar en todo su valor la suerte que les había cabido de ir a dar en las manos de tan bondadoso sujeto. Reunidos en grupo, hablaban en voz baja.

— ¡Ea, muchachos! — les gritó Haley — . ¡No quiero ver caras tristes! ¡Tenéis que estar de buen humor! Sed buenos conmigo, y yo lo seré con vosotros.

— ¡Bien, el amo! — le contestaron los negros.

En aquel momento Juan — el negro de treinta años que Haley había adquirido en el mercado de Washington el día de la subasta — apoyó su encadenada mano en las rodillas de Tom, y le dijo:

— No sé lo que ha sido de mi mujer, a quien no veo desde hace algún tiempo: ¡pobre criatura!

El vapor, después de descender el Ohio, entró en el Mississipi.

A unas cien millas de Nueva Orleans el cauce del gran río está a nivel más alto que los terrenos de las márgenes, y desde la cubierta del barco, como desde un castillo flotante, se divisan vastas extensiones de territorio. Los cañaverales y los plantíos de algodón iban pasando ante los ojos de Tom como para familiarizarlo con la vida que probablemente le esperaba.

El buen Tom se había captado la confianza de su nuevo amo, sea porque las recomendaciones de la señora de Shelby hubieran surtido efecto, sea por su mismo carácter inofensivo y pacífico.

Al principio el tratante le había vigilado mucho por el día y no había dejado de ponerle los grillos por la noche; pero su paciencia y su resignación habían acabado por ganarle la voluntad, y ya le dejaba andar libremente por el barco.

Así Tom, cuando no tenía qué hacer, se encaramaba sobre las pacas de algodón de que iba abarrotado el vapor, y en un hueco que se hacía entre dos de ellas, y donde había establecido su morada, se entregaba a la lectura de su Biblia.

Iba entre los pasajeros un caballero joven, rico y de distinguida familia de Nueva Orleans, llamado Saint Claire. Llevaba en su compañía una niña de cinco o seis años y una señora, prima suya, a quien se la había confiado para que la cuidara.

Tom se había fijado en la niña. Era una criatura viva, siempre alegre y notablemente simpática. Era imposible verla sin quererla. Iba siempre vestida de blanco, y revoloteaba como una mariposa por el vapor, recorriéndolo de continuo de arriba abajo y visitando hasta sus últimos rincones. Por todas partes se veían sus cabellos de oro y sus ojos, de un azul obscuro, curioseándolo todo, o se sentían sus leves pisadas. El timonel se olvidaba de la rueda que tenía la obligación de manejar, y se sonreía cuando la veía asomar su linda cabecita por la ventana de su garita, para desvanecerse al momento como una sombra. Muchas voces rudas se dulcificaban para llamarla y muchos sembran-

Cuentos de Calleja

tes adustos se despejaban y tornaban amables al contemplarla. Si se aventuraba en algún lugar peligroso, nunca faltaban manos encallecidas que la sujetaran para evitarle un tropezón o una caída.

Tom, impresionable como todos los negros, y atraído siempre por lo infantil y lo sencillo, sentía un afecto y un interés por aquella encantadora criatura, que iban creciendo de día en día. Muchos se pasaron sin que se atreviese él a dirigirle la palabra. Ella era tímida, y él se sentía cohibido por el respeto. A veces se encaramaba la niña sobre las pacas de algodón en que tenía él su escondrijo, y se atrevía, no sin cierta cortedad, a aceptar las pequeñas finezas que él le ofrecía: juguetes de madera o de corcho u otros semejantes productos de su sencilla industria. Al fin se hicieron amigos.

— ¿Cómo se llama la niña? — le preguntó Tom cuando tuvo la bastante confianza con ella para hacerle esa pregunta.

— Evangelina Saint Claire; pero papá y todos me llaman Eva — contestó la niña — . Y tú, ¿cómo te llamas?

— Mi nombre es Tomás; pero los niños, allá en Kentucky, me llaman ño Tom.

— Pues yo te llamaré también ño Tom, para que veas que te quiero. . . ¿Adónde vas, ño Tom?

— No lo sé, niña Eva.

— ¿Que no lo sabes?

— No: me llevan para venderme no sé a quién.

A BORDO DE LA "BELLE RIVIÈRE"

— Papá puede comprarte — dijo Eva con viveza —, y si te compra lo pasarás bien; hoy mismo voy a decirle que te compre.

— Gracias, niña — contestóle Tom.

.....
En aquel momento se detuvo el vapor para aprovisionarse de leña, y Eva, que oyó la voz de su padre, salió corriendo como un cervatillo. Tom se levantó y salió para ofrecer sus servicios en la maniobra de cargar la leña, y pronto pudo vérselo ocupado en ella.

Eva y su padre estaban cerca de la balaustrada para ver la salida del vapor. Ya habían dado dos o tres vueltas las ruedas, cuando una súbita sacudida hizo a la niña perder el equilibrio y caer en el agua. Su padre iba ya a lanzarse al río tras ella; pero alguien que vió a un negro vigoroso precipitarse a salvar a la niña, le detuvo. El negro era Tom, que se hallaba precisamente debajo de ella en el entrepuente y que la había visto caer. Pocos momentos después Tom la sostenía en sus robustos brazos y la alargaba desde el agua a su padre, que la recogía y la trasladaba a la cámara.

Al día siguiente se iba acercando el vapor a Nueva Orleans con un calor pesado y sofocante. Los viajeros recogían sus equipajes, preparándose a saltar a tierra. El mayordomo y los camareros se ocupaban afanosamente en limpiarlo y frotarlo todo para el solemne momento de la llegada. Nuestro amigo Tom se hallaba en el entrepuente con los brazos cruzados, dirigiendo de

Cuentos de Calleja

cuando en cuando la vista hacia un grupo de personas que estaban en el otro extremo del barco. Entre esas personas estaba Evangelina, algo más pálida que de costumbre, pero ya repuesta del accidente de la víspera. Un hombre joven, con una cartera en la mano, se hallaba cerca de ella. Era su padre, como se echaba fácilmente de ver por el parecido.

El padre de Eva oía con cierto aire de negligencia un tanto jocosa las palabras que le dirigía Haley, el tratante de esclavos. Ponderábale éste las cualidades de su mercancía.

— Sí, ya comprendo: todas las virtudes morales y religiosas, encuadradas en tafílete negro, ¿no es eso? — dijo el padre de Eva a Haley, cuando hubo éste acabado su peroración.

— Ahora, dígame, señor Haley: ¿en cuánto aprecia ese conjunto de perfecciones?; ¿cuánto pretende sacarme?: dígamelo dé una vez.

— Si le pidiera a usted mil trescientos pesos por ese negro, no ganaría ni un centavo; se lo aseguro.

— ¡Pobre hombre! — exclamó Saint Claire con acento burlón — . Apostaría cualquier cosa a que me lo da en ese precio sólo por favorecerme.

— Es por el empeño que esta señorita tiene en que lo compre usted.

— Sí, por hacerle a ella una fineza; comprendo.

— Pero fíjese usted bien, señor — dijo el tratante — . Vea usted esos músculos, mire esas espaldas... Es

fuerte como un caballo. Repare usted esa frente alta, señal segura en el negro de facultades calculadoras y de aptitud para todo... Es una observación que he hecho. Pero aunque fuera completamente estúpido, un negro tan fuerte y tan robusto vale siempre caro; y nada le digo si añade usted a esa condición la de la inteligencia, que es siempre rara. Él era el que administraba la hacienda de su amo. Tiene un talento extraordinario para toda clase de negocios.

— ¡Tanto peor, tanto peor!; no conviene que un negro sepa tanto — contestó en tono zumbón el señor Saint Claire —. Esos negros listos son de la piel del diablo; cuando menos se piensa, se escapan en nuestros mismos caballos. Conque baje usted doscientos pesos.

— Papá, cómpralo a cualquier precio — dijo Eva al oído a su padre.

Estaba encaramada ella sobre una paca de algodón, y tenía rodeado con su bracito el cuello del señor Saint Claire.

— Yo quiero que sea mío ese negro, y tú eres bastante rico para darme ese gusto — prosiguió diciendo la niña por lo bajo.

— ¿Y para qué lo quieres?

— Para hacerlo dichoso.

— ¡He ahí un motivo original!

El tratante exhibió el certificado firmado por el señor Shelby.

Cuentos de Calleja

El padre de Evangelina lo tomó con la punta de los dedos y pasó por él la vista con aire despreocupado. Después, dirigiendo una ojeada afectuosa a su hija, hizo un paquete de billetes de Banco.

— Cuéntelos usted — dijo al tratante, entregándoselos.

— Están bien — contestó Haley con cara radiante. Sacó en seguida un finero del bolsillo, extendió el acta de venta y se la entregó al señor Saint Claire.

— Ven, Eva — dijo Saint Claire, asiendo a la niña por la mano y atravesando la cubierta.

Al llegar al lugar en que estaba Tom se detuvo, y tomándole de la barbilla le dijo:

— Levanta la cabeza y mira a tu nuevo amo, a ver qué te parece.

Tom alzó la vista y contempló de frente y cara a cara al padre de Eva.

Era imposible verlo sin sentirse arrastrado hacia él por un impulso de simpatía. Tales eran la distinción, gracia y alegría de su semblante y de toda su persona. Sintió Tom agolpársele las lágrimas a los ojos y exclamó con toda su alma:

— ¡Que Dios bendiga a su merced, el amo!

— Espero que así lo haga. ¿Para qué puedes servirme, Tom?

— Sé manejar caballos. El señor Shelby, mi antiguo amo, tenía muchos.

— Entonces te colocaré de cochero, pero con la

La Cabaña de Tom

condición de que no te emborraches más que una vez por semana, excepto en casos extraordinarios.

Tom lo miró con sorpresa y le respondió:

— Yo nunca bebo, señor.

— Ya sé cómo debo entender eso...; en fin, allá veremos. No tomes tan en serio lo que te he dicho, buen Tom — agregó el señor Saint Claire, al ver que su semblante se entristecía — . No dudo que me hayas dicho la verdad y que te portes bien.

— Esté su merced seguro de ello — le contestó Tom.

— Y lo pasarás bien en casa, Tom — dijo Eva — . Papá es muy bueno, aunque algo burlón.

— Papá te agradece la opinión que tienes de él, Eva — agregó Saint Claire riéndose conforme se alejaba con la niña.

Capítulo VI

HACIA las doce de ese mismo día atracó el vapor al muelle de Nueva Orleans. Mientras iba acercándose, Eva, muy alegre, iba señalando con el dedo y designando por sus nombres las torres y cúpulas de las iglesias y otros lugares notables de su ciudad natal.

El señor Saint Claire se apresuró a desembarcar y a montar en el coche que le esperaba para conducirlo a su casa. Tom se subió en el pescante al lado del cochero. Detúvose el coche ante una casa antigua, de estilo de arquitectura medio francés, medio español, como el de muchos otros edificios de la ciudad.

Al poner Eva el pie en el zaguán, parecía un pajarillo que acaba de escaparse de la jaula: tal era su alegría.

— ¿No es verdad que es bonita nuestra casa? — dijo dirigiéndose a su prima, que la acompañaba.

Una señora alta, morena y pálida, salió al encuentro de los recién llegados.

— ¡Mamá! — exclamó Eva arrojándosele al cuello y cubriéndola de besos. Una turba de criados se agolpaba en el zaguán. Entre ellos estaba una mulata de aspecto muy respetable, trémula de alegría y de impaciencia. Era la nodriza de Eva.

— ¡Mammy! — exclamó Eva, precipitándose en sus brazos.

Ella estrechó fuertemente a Eva contra su corazón, riendo y llorando a la vez de gozo. En seguida Eva fué saludando con besos y apretones de manos a todos los criados, uno por uno.

Saint Claire, entretanto, llamó a Tom con un signo de cabeza, para presentárselo a su nueva ama.

Tom entró en la sala y contempló atónito los espejos, cuadros, estatuas y colgaduras; cosas de que no tenía siquiera idea.

— Aquí tienes, María, el cochero que te he comprado. . . Es de una negrura y de una templanza intachables. Espero que te guste la adquisición.

Después de haber sido observado un rato por su ama, fué encomendado Tom a otro esclavo llamado Adolfo. Agradóle a Tom la compañía de su camarada, que tenía muy buen aspecto y excelentes maneras.

Días después, Eva, que había tomado mucho cariño a Tom, le hizo llamar por Mammy y le dijo que irían juntos a pasear por el jardín. El señor Saint Claire, que estaba charlando con su mujer dentro de la casa, al sentir risas estrepitosas del lado del jardín, se asomó a ver lo que pasaba, y soltó también la carcajada al contemplar la grotesca figura del viejo negro, sentado gravemente en el césped, con el cuello rodeado de una guirnalda de rosas y todos los ojales de su ropa adornados de ramos de jazmines, y a Eva, riente y go-

zosa, encaramada como un pajarillo en sus rodillas.

— ¡Qué bien estás así, ño Tom! — decíale la niña.

Tom sonreía con benevolencia, tan complacido como la niña de aquella diversión inocente. Al ver a su amo, alzó hacia él la vista con humildad sencilla y aire suplicante, como pidiéndole que lo perdonara.

No tardó Saint Claire en percatarse de los méritos de Tom. Su buen juicio y sus aptitudes, así como su honradez, se le revelaron en varias ocasiones en que tuvo que emplearlo. Tom fué ganándose cada vez más la confianza y el aprecio de su amo. Llegó éste a encomendarle negocios de interés, como hacer compras y otros no menos delicados.

Adolfo experimentó algo así como celos de su compañero, por el ascendiente que éste había adquirido en la opinión del amo, y se manifestó quejoso ante éste, en forma respetuosa, de que le hubiera relegado a segundo lugar en su confianza.

— No, no — le contestó Saint Claire —. Si le encargo a Tom muchas cosas que te encomendaba antes a ti, es porque él sabe hacerlas mejor. Deja que las haga él solo. Sobre ese particular tengo adoptado definitivamente mi partido. Tú sabes perfectamente lo que compras, pero Tom se preocupa más que tú de lo que valen las cosas. Él entiende más que tú de negocios, es más económico, y yo necesito de una persona como él para poner en orden mis asuntos; pues con el

EVA
y
TOM

TD

despilfarro y el desorden que hay en mi casa, iré derecho a la ruina.

El honrado Tom quedó investido así de facultades ilimitadas, que delegó en él el más despreocupado de los amos. Pasaban por sus manos montones de billetes de Banco, que Saint Claire le entregaba o que recibía de él sin tomarse el trabajo de contarlos. Tom hubiera tenido toda clase de facilidades para lucrarse, engañándolo, si hubiera querido. Sólo su noble sencillez, su lealtad y su fe cristiana podían defenderle de malas tentaciones.

Las ocupaciones de Tom eran muchas, pero siempre había algunas horas del día que podía dedicar a su amiga, la niña Eva. Tom se extremaba en complacerla en todo y en proporcionarle todas aquellas pequeñas satisfacciones que tenía él a su alcance. Un día la niña le salió al encuentro, rebosante de alegría.

— Tom — le dijo —, estoy contentísima de verte. Papá me ha dicho que enganches las hacas a mi cochecito nuevo. . . Pero, ¿qué te pasa, Tom? Tienes la cara triste.

— No me siento bueno, niña Eva; pero no importa, engancharé al momento.

— ¡Vamos, Tom!, dime por qué estás triste. Te he visto hablando con la vieja Prue hace un momento.

Tom entonces le refirió el caso de una negra vieja de una hacienda de las cercanías, la cual había muerto

Cuentos de Calleja

de los golpes y latigazos que la habían dado para castigarla. La niña oyó la relación en silencio; pero se puso muy pálida, se oscureció su mirada, se llevó las manos al pecho, y lanzó un profundo suspiro.

— Tom, no enganches ya; no quiero salir — dijo.

— ¿Por qué, niña Eva?

— Porque esas cosas me parten el alma; Tom, sí, me parten el alma — replicó con acento triste —. Ya no salgo.

Capítulo VII

LA vida de Tom se deslizaba tranquila y sin contrariedades en casa de su nuevo amo. Hubiera podido tenerse por dichoso si el recuerdo de su mujer, de sus hijos y de su antiguo estado no le amargase la existencia. Un día pidió una hoja de papel a Eva para escribirle a Cloe. Procurando recordar las nociones de escritura que le había enseñado el niño Jorge, trataba de escribir un borrador de carta en su pizarra, pero tropezaba con el inconveniente de habérsele olvidado la figura de algunas letras y la significación de otras.

Hallábase entregado a esa laboriosa tarea, cuando Eva se le acercó por detrás y se apoyó en el respaldo de su silla.

— ¡Ah, ño Tom!, ¿qué garabatos estás haciendo ahí? — le preguntó.

— Estoy tratando de escribir una carta a mi pobre mujer y a mis hijitos, niña Eva — dijo Tom, pasándose el dorso de la mano por los ojos para secárselos —, pero temo que no voy a poder hacerlo.

— Quisiera poder ayudarte, Tom; sé escribir un poco; el año último sabía hacer todas las letras; pero creo que he olvidado algunas.

Eva acercó su rubia cabecita a la lanuda cabeza

del viejo esclavo, y los dos, a cual más ignorante, después de acaloradas y graciosas discusiones, debates y comentarios acerca de cada una de las letras y palabras que tenían que escribir, lograron ver terminada aquella obra magna que se parecía bastante a una carta.

— Sí, ño Tom — decía la niña, contemplando complacida las patas de mosca que acababan de trazar —; la carta ha quedado muy bonita. ¡Qué gusto van a tener tu mujer y tus hijitos al leerla! Es una mala acción la que han hecho contigo separándote de ellos. Voy a pedirle a papá que te deje ir a pasarte una temporada en tu casa.

— Mi antigua ama me prometió mandarme dinero para rescatarme en cuanto pudiera, y espero que algún día lo hará — dijo Tom —. También mi amito, el niño Jorge, me dijo que vendría a verme, y como recuerdo suyo, y en garantía de que cumpliría su palabra, me regaló esta moneda.

Y al decir esto sacó Tom un peso de plata que llevaba oculto debajo de la camisa.

— ¡Pues entonces vendrá de seguro! — exclamó Eva —. ¡Qué alegría voy a tener cuando venga!

— Por eso quería yo escribir esta carta; pues así sabrán donde estoy, y Cloe tendrá noticias mías y sabrá que estoy bueno, pues la infeliz debe de estar muy inquieta: ¡pobrecilla!

En aquel momento se presentó el señor Saint Claire y llamó a Tom.

— ¿Qué es eso? — preguntó acercándose, al ver la pizarra llena de garrapatos.

— Es la carta de Tom — contestó Eva —. Yo le he ayudado a escribirla: ¿verdad que nos ha salido muy bien?

— No quiero descorazonaros a ninguno de los dos; pero habría sido mejor, Tom, que hubieras acudido a mí. Yo te escribiré la carta cuando vuelva de paseo.

— Es muy importante que escriba Tom esa carta, porque su ama enviará dinero para rescatarlo: se lo ha prometido — dijo Eva.

Saint Claire pensó para sus adentros que esa promesa no tenía más valor que tantas otras que suelen hacer los amos a sus esclavos cuando los venden, para dulcificarles el trance, pero sin decidido propósito de cumplirlas. Se guardó, con todo, de manifestar su pensamiento, y ordenó a Tom que ensillara los caballos para salir de paseo.

Aquella misma tarde escribió el señor Saint Claire la carta que Tom deseaba, en estilo adecuado al caso, y en seguida hizo que la echara al correo.

Capítulo VIII

BAJA, prima, que tengo que enseñarte una cosal
Así decía el señor Saint Claire desde el pie de la escalera, dirigiéndose a la señorita Ofelia, que estaba arriba en su habitación.

— ¿Qué sucede? — le preguntó ella al bajar la escalera.

— ¡Mira lo que te he comprado! — le contestó Saint Claire, indicándole una negrita de ocho a nueve años.

Era una criatura negrísima, de ojos redondos y resplandecientes como dos cuentas de vidrio, que giraban incesantemente curioseándolo todo. Tenía la boca entreabierta de asombro, enseñando dos sartas de dientes blanquísimos como perlas. Llevaba su lanudo pelo arreglado en muchas y menudas trencitas, sujetas con cintajos, que le cubrían la cabeza todo en redondo. Sus facciones tenían una expresión de viveza inteligente, mezclada con picardía. Iba vestida con una especie de saco de tela burda, lleno de jirones y de agujeros. Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, presentando un aspecto tan extraño y selvático, que la señorita Ofelia no pudo menos de exclamar:

— Agustín, ¿a qué me has traído esta criatura?

Topsy

TD

— Para que la metas en camino y la eduques. Me ha parecido un tipo raro.

— ¡Acá, Topsy! — dijo, dando un silbido como si llamara a un perro —. ¡Canta y baila un poco, para que veamos tus habilidades!

Animáronse con extraño fulgor los ojos de la negrita; entonó una melodía salvaje, acompañándose con patadas y movimientos de brazos para llevar el compás, volteando sobre sí misma y dando palmadas y entrechocando las rodillas, a la par que lanzaba esos gritos guturales, característicos de los cantos de los negros. Acabó dando dos o tres saltos atrevidísimos, y una nota final prolongada como el silbido de una sirena de vapor, y dejándose caer de rodillas sobre la alfombra, con los brazos cruzados y una expresión humilde y solemne al mismo tiempo, que contrastaba con la viveza de sus ojos, que volteaban sin cesar mirando a todas partes.

Ofelia y Saint Claire la observaban con curiosidad.

— Topsy — dijo Saint Claire —, aquí tienes a tu nueva ama. Espero que seas buena y que te portes bien con ella.

— Sí, el amo.

— ¿No es verdad que vas a ser buena?

— Sí, el amo.

— Prima — dijo Saint Claire a Ofelia, llevándosela aparte —. Espero que me perdones lo que acabo de hacer. Esta negrita era esclava de una pareja de borra-

chos que tienen una taberna por cuya puerta paso todos los días, y me molestaba oír sus gritos, pues sus amos estaban continuamente golpeándola y maltratándola. Me ha dado lástima de ella y se me ha ocurrido sacarla del infierno en que estaba y hacer algo útil y bueno de esa criatura. Ahora procura darle una educación buena y religiosa, como se sabe hacerlo en Nueva Inglaterra, tu país. Tú, que me conoces, sabes que yo no puedo emprender esa tarea por mí mismo; así, hazme el favor de tomarla sobre ti: dame ese gusto.

— Bueno; haré lo que pueda — le contestó Ofelia —. Pero, ve en qué triste estado se halla. Está atrozmente sucia y medio en cueros.

— Haz que la bañen y la vistan.

Ofelia la llevó a la cocina.

— ¿Qué quiere hacer el amo de esa negrita? — dijo Dinah, la cocinera, con tono de disgusto.

Se comenzó, cumpliendo las órdenes de Saint Claire, por ponerla en estado presentable. Ofelia se compadeció de ella al ver las cicatrices de los golpes y latigazos de que estaba cubierto el cuerpo de la pobre negrita. Cuando estuvo medio limpia y medio vestida, Ofelia se sentó delante de ella y la sometió a un interrogatorio.

— ¿Cuántos años tienes?

— No sé, el ama — contestó la negrita haciendo una mueca y enseñando todos los dientes.

— ¿Que no sabes la edad que tienes?, ¿nadie te lo ha dicho? ¿Quién es tu madre?

— Nunca he tenido madre — contestó la negrita con otra mueca.

— ¡Que no has tenido madre!; ¿qué quieres decir con eso? ¿De dónde eres?

— De ninguna parte — respondió la negrita.

— No me contestes así, negrita; te estoy hablando en serio — le advirtió Ofelia —. Dime dónde has nacido y quiénes son tu padre y tu madre.

— Yo no he nacido, ni he tenido nunca padre ni madre, ni nada — contestó Topsy con tono terminantemente afirmativo —. Me ha criado un tratante con otros negritos, y la vieja ña Su era la que nos cuidaba.

Era evidente que la negrita no mentía. Juana, la criada, que presenciaba esta escena, dijo a Ofelia:

— No le choque a su merced: hay muchos como esta negrita, comprados de pequeños y llevados al mercado para revenderlos.

— ¿Cuánto tiempo has estado con tu amo?

— No sé, el ama.

— ¿Un año acaso?; ¿más?; ¿menos?

— No sé, el ama.

— Estos negritos no pueden contestar a tales preguntas, niña Ofelia — le dijo Juana —. No tienen idea de lo que es el tiempo. No saben lo que son años ni la edad que tienen.

— ¿Te han hablado de Dios alguna vez, Topsy?

Cuentos de Calleja

La negrita miró a Ofelia con expresión de asombro.

— ¿Sabes quién te ha creado?

— Nadie — replicó la negrita, riéndose —. Creo que me he hecho yo sola.

Esta idea parecía divertirla mucho, pues sus ojos brillaban de contento. Añadió:

— ¡Sí! Creo que me he hecho yo sola; ¿cree su merced que me ha hecho alguien?

— ¿Sabes coser? — le preguntó Ofelia, que creyó conveniente dar a sus preguntas otro giro más al alcance de la interrogada.

— No, el ama.

— ¿Qué sabes hacer?; ¿qué hacías en casa de tus amos?

— Acarreaba agua, fregaba los platos y servía a los parroquianos.

— ¿Te trataban bien?

— Creo que sí — contestó la negrita, mirando a Ofelia con expresión inteligente.

Después de este diálogo se levantó Ofelia, salió de la cocina y se dirigió hacia Saint Clair, que estaba recostado en un sillón.

— Ahí tienes una tierra virgen para cultivar; no tendrás que molestarte en arrancar la mala hierba — dijo Saint Claire a Ofelia.

Al día siguiente estaba Topsy lavada y aseada, desprovista de todas aquellas trencitas que antes le adornaban la cabeza, y de que tan orgullosa parecía estar,

vestida con un traje limpio y cubierto de un delantal, de pie ante la señorita Ofelia, con aire grave y solemne como de duelo.

— Ahora, Topsy — le dijo Ofelia —, voy a enseñarte cómo se hace mi cama.

— Bien, niña — le contestó la negrita.

Entonces Ofelia, acompañando sus explicaciones con la acción, la instruyó en el arte de mullir y ahuecar los colchones, poner las sábanas y demás requisitos para dejar bien arreglada una cama.

— ¿Te enteras? — le preguntó Ofelia.

— Sí, niña — le contestó Topsy, que seguía atentamente todos sus movimientos. Pero aprovechando un momento en que Ofelia le volvía la espalda, se apoderó Topsy de un par de guantes y de una cinta que halló a la mano, y se los escondió en la manga, volviendo en seguida a cruzar sus manos sobre el pecho, en la posición en que antes estaba.

Ofelia deshizo la cama y ordenó a Topsy que la hiciera ella, para cerciorarse de que había entendido la lección que acababa de darle.

La negrita ejecutó la operación con una habilidad que encantó a Ofelia. Pero cuando la hubo acabado, se le salió de la manga la punta de la cinta que llevaba escondida. Al verla Ofelia, exclamó:

— ¡Ah, ladronzuela!, ¿me has robado esa cinta?

Y al mismo tiempo tiró del cabo que estaba al descubierto y acabó de sacársela toda entera de la manga.

La negrita pareció sorprenderse, como si fuera enteramente inocente del delito de que se veía acusada.

— ¡La cinta de la niña Ofelia! — exclamó —. ¿Cómo se me habrá metido en la manga?

— Topsy, no mientas — le dijo Ofelia —. Confiesa que habías robado esa cinta.

— Yo no he robado nada — contestó la negrita.

— ¿Tú no sabes que es muy feo decir mentiras?

— Yo no he dicho ninguna mentira — replicó Topsy.

— Si mientes con ese descaro, haré que te den azotes — dijo Ofelia.

— Aunque me estuvieran dando azotes el día entero, no diría otra cosa que la que digo — contestó Topsy con voz llorosa —. Yo no había visto esa cinta... Se me habrá entrado en la manga sin darme cuenta. Puede ser que la niña Ofelia la dejara en la cama, y ahora, al revolverla, se me metiese sin querer en la manga.

Ofelia estaba tan indignada por el descaro de la negrita, que la agarró por un brazo y la sacudió con violencia. Entonces los guantes, que en la otra manga llevaba escondidos, cayeron al suelo.

— Vamos a ver: ¿seguirás sosteniendo que no robaste la cinta? — le dijo Ofelia.

Topsy confesó que había robado los guantes; pero en cuanto a la cinta, no quiso desdecirse de su anterior afirmación.

— Si quieres confesar toda la verdad, te perdonaré por esta vez y no te darán azotes — dijo Ofelia.

Ante esta promesa, la raterilla reconoció, dando muestras del más profundo arrepentimiento, que había robado la cinta y los guantes.

— Ahora respóndeme: sé que has robado otras cosas desde que estás en casa, porque ayer te dejé andar sola por ella todo el día. Dime qué cosas has robado, y te prometo que no te darán azotes.

— Pues bien, niña Ofelia: he robado esa cosa colorada que la niña Eva se pone al cuello.

— ¡Qué horror! ¿Y qué más has robado?

— Los zarcillos de Rosa. . . esos que son colorados.

— Tráeme al momento todo eso.

— No puedo, niña, porque lo he quemado.

— ¿Que has quemado el collar y los zarcillos? ¡Bónito cuento! Ve a buscarlos al instante y tráemelos, o hago que te den azotes.

Topsy lloró, gimió, sollozó. . . pero persistió en su afirmación de que los había quemado.

— ¿Y por qué los has quemado?

— Porque soy muy mala. . . sí; yo sé que soy muy mala, pero no tengo yo la culpa.

En aquel momento entró Eva en la habitación, con su collar de coral puesto.

— Eva — le dijo Ofelia —, ¿encontraste tu collar de coral?

— ¿Que si lo encontré? ¿A qué viene esa pregunta, si nunca lo he perdido? No me lo he quitado en todo el día.

Cuentos de Calleja

— ¿Lo tenías también ayer?

— Sí, y hasta te diré que lo tuve puesto toda la noche, porque se me olvidó quitármelo al acostarme.

Ofelia no sabía qué pensar y estaba tratando de descifrar aquel enigma, cuando entró Rosa con una cesta de ropa blanca sobre la cabeza. Llevaba puestos sus zarcillos colorados.

— No sé qué hacer con una criatura como ésta — dijo con acento de desesperación Ofelia.

— En nombre del Cielo, Topsy, ¿por qué me has dicho que habías robado el collar y los zarcillos?

— Yo creía, niña, que tenía que confesar que había robado, y por eso lo he confesado — contestó Topsy, frotándose los ojos para secarse las lágrimas.

— Pero yo no quería que confesaras haber hecho cosas que no habías hecho. Eso es mentir de otra manera.

Eva miraba a Topsy. Aquellas dos criaturas, que estaban allí frente a frente, representaban los dos extremos de la sociedad. La una, blanca, distinguida, de cabellos de oro, frente elevada, mirada profunda y ademanes llenos de dignidad; la otra, negra, humilde, degradada, pero de inteligencia aguda y penetrante. Representaba cada una una raza: la inglesa, producto de siglos de civilización y de progreso físico y moral, y la africana, fruto de la opresión, la servidumbre, la ignorancia, el trabajo forzado y el vicio.

— Pobre Topsy, ¿a qué viene robar? Por mí, prefe-

riría regalarte lo que tengo, a ver que lo robes — le dijo Eva.

Ofelia, sin embargo, no se desanimaba en su tarea de educar a Topsy, y se propuso enseñarla a leer y a coser. La negrita hizo progresos bastante rápidos en la lectura, y pronto llegó a leer de corrido; pero en cuanto a la costura, las cosas pasaron de muy otra manera. Para ella era un suplicio coser: rompía las agujas y las tiraba a hurtadillas por la ventana.

Topsy no tardó en adquirir notoriedad en la casa. Sabía muy bien adornarse y componerse, pero sobre todo se distinguía por su talento para la bufonería en todas sus formas: para las muecas, la mímica, la danza, las cabriolas, los volatines y otras habilidades semejantes. Sabía cantar, silbar e imitar todos los ruidos a la perfección.

Ofelia vió con disgusto que Eva se complacía con la compañía de Topsy, y aconsejó a Saint Claire que no se lo consintiese.

— ¡Bah! — le contestaba Saint Claire — , déjala; Topsy le será útil de alguna manera.

Tardó muy poco Topsy en ponerse al corriente de todo cuanto concernía al servicio de Ofelia; pero Topsy tenía días aciagos. Cuando Ofelia pensaba que gracias a sus cuidados, a su vigilancia y a su paciente método educativo, había ya logrado encarrilar a Topsy, y que podía dejarla entregada a sí misma, venía ella con una fechoría a dar en tierra con todas sus ilusiones. En vez

Cuentos de Calleja

de hacer la cama, descosía las almohadas y se cubría su lanuda cabeza con el plumón que las rellenaba, presentando la más grotesca figura; otras veces ponía en lugar de colcha el traje de noche de Ofelia, acompañando sus diabluras con cantos, silbidos, muecas y contorsiones ante el espejo. Un día la sorprendió Ofelia con un mantón suyo de crespón liado a la cabeza a guisa de turbante, recitando su lección delante del espejo.

— Topsy — le preguntaba — , ¿por qué haces esas cosas?

— Yo no sé, niña; quizá sea porque soy muy mala.

— La verdad es que no sé qué hacer contigo.

— Debiera su merced mandar que me dieran azotes. Mi antigua ama me los daba a cada momento, y yo estoy acostumbrada a no trabajar más que cuando me dan azotes.

— No quiero castigarte. Tú sabes hacer muy bien las cosas cuando quieres: ¿por qué no has de hacerlas?

— Yo estoy acostumbrada al látigo, niña; yo creo que me conviene.

En efecto, Ofelia hizo uso de la receta; pero ella no sabía aplicarla como el antiguo amo de Topsy, que le arrancaba la piel a tiras. Topsy alardeaba de sus faltas y delitos, creyendo así darse importancia.

— Vosotros, negros — decía — , sois todos pecadores: ¿lo sabéis? Todo el mundo peca; los blancos también pecan; la niña Ofelia lo dice. . . Pero yo creo que

MISS

OFELIA

los pecados de los negros son más gordos, y nadie los comete tan gordos como yo. Soy tan mala, que no se puede hacer carrera de mí; yo creo que soy la criatura más perversa del mundo.

Y Topsy daba un salto peligroso, se trepaba a cualquier sitio elevado y parecía orgullosa de distinguirse de todos.

Así la educación de Topsy siguió sobre el mismo pie durante uno o dos años. Ofelia, cuyo celo no se apagaba, acabó por acostumbrarse a las contrariedades y asperezas de su tarea, como se habiúa uno al dolor de muelas o a la jaqueca.

Capítulo IX

EN un hermoso día de verano, al anochecer, estaba el señor Shelby reclinado en su sillón, con una pierna montada sobre la otra, fumando un cigarro. Su mujer estaba sentada algo lejos de él, cerca de la puerta, con una fina labor entre las manos, esperando una ocasión de darle una noticia que parecía preocuparla. Las ventanas de la sala estaban abiertas de par en par.

— ¿Sabes — dijo ella — que ña Cloe ha tenido una carta de Tom?

— Parece — contestó él — que ha encontrado un amigo allá abajo. ¿Y cómo le va al pobre Tom?

— Creo que ha sido comprado por una buena familia. Lo tratan bien y no le hacen trabajar gran cosa.

— Me alegro de corazón — dijo el señor Shelby — . Ya Tom les habrá perdido el miedo a los Estados del Sur. Quizá se le hayan quitado hasta las ganas de volver por aquí.

— Al contrario: tiene muchas, y no se olvida de la promesa que le hicimos de volver a comprarlo en cuanto tuviéramos el dinero bastante para ello.

— Que no sé cuándo va a ser — dijo Shelby — .

Cuando los negocios se fuercen, no hay modo de enderezarlos.

Pero ña Cloe, que estaba esperando en la puerta, vino a interrumpir la conversación.

— Perdone su merced, ama — dijo con la risa en los labios — . Otros amos alquilan sus negros y les sacan producto, en vez de tenerlos consigo muertos de hambre.

— Pero, ¿a cuáles quieres que alquilemos?

— Perdóneme su merced — siguió diciendo Cloe — , pero Sam me ha dicho que un pastelero de Luisville necesita un dependiente que le ayude, y que le pagará cuatro pesos por semana.

— ¿Y qué, Cloe?

— Que si su merced me lo consiente, yo podría servir para el caso.

— Pero tendrías que dejar a tus hijos abandonados.

— ¡Oh, no! Los mayores son bastante fuertes para trabajar, y Sally se encargaría de la pequeña.

— Pero Luisville está muy lejos.

— No me da miedo ir allá, y además estaría más cerca de mi pobre Tom.

— No tan cerca, Cíoe; Tom está unos cuantos cientos de millas más allá. Sin embargo — prosiguió diciendo la señora de Shelby — , te permito que te vayas, y reuniré todos tus sueldos para el rescate de tu marido.

— ¡Oh, ama, muchas gracias! — exclamó Cloe — .

No necesitaré de vestidos, ni de zapatos, ni de nada: no gastaré ni un solo centavo. ¿Cuántas semanas tiene el año, ama?

— Cincuenta y dos.

— Y cuatro pesos por semana, ¿cuánto hacen en un año?

— Doscientos ocho pesos.

— ¿Y cuánto tiempo tendré que trabajar?

— Cuatro o cinco años; pero no tendrás que trabajar sola, pues yo te ayudaré. ¿Y cuándo quieres marcharte?

— Si el ama me lo permite y me da un pasaporte y una carta de recomendación, me pondría en camino mañana mismo.

— Está bien, Cloe: voy a arreglarlo todo para que te vayas. Tengo que decírselo al amo.

Volvió ña Cloe contentísima a su cabaña. Poco después entró Jorge en ella.

— Niño Jorge — exclamó ella —, ¿sabes que mañana saldré para Luisville? Sí, niño Jorge, voy a ganar allí cuatro pesos a la semana, y la niña va a guardármelos para rescatar a mi hombre. Y ahora, niño Jorge, ¿quieres ser bastante bueno para escribirle a ño Tom lo que sucede?

— Ahora mismo voy a buscar papel y pluma y le escribiré al momento. Le hablaré de ti, de mi madre, de todos.

— Tú vas a escribir, niño Jorge, y mientras tanto yo

voy a preparar un pollo, porque será ésta la última vez que cenes en casa de la vieja Cloe.

No tardó Tom en recibir noticias de su mujer y de sus hijos. Tuvo con ello gran alegría. En la carta, que era de puño y letra de Jorge, había datos interesantes, entre ellos la noticia de la colocación de Cloe en una pastelería de Luisville, y de su propósito de destinar sus gajes al rescate de Tom. En la carta se le daban también noticias sobre Moisés y Periquito. Ambos estaban muy crecidos, y la negrita pequeña andaba ya por toda la casa, bajo la vigilancia de Sally y del ama. Contenía la carta asimismo una lista de los estudios y lecciones de Jorge. Cada palabra de la lista llevaba una letra mayúscula, muy historiada, por inicial.

Tom no se cansaba de leer y de contemplar esa carta. Llegó hasta deliberar con Eva sobre ponerla en un cuadro; pero el proyecto no se realizó, por la imposibilidad de ponerla de modo que pudiera leérsela a la vez por el anverso y por el reverso.

El afecto entre Tom y Eva iba aumentando conforme crecía la niña. Nada complacía tanto al pobre Tom como poder satisfacer sus infantiles caprichos. Cuando iba al mercado por la mañana, escogía para ella los ramos de flores más lindos; se atestaba los bolsillos de las naranjas más dulces y de los melocotones más sabrosos para dárselos. Alegrábasele el corazón cuando descubría a lo lejos la rubia cabecita de la niña, que estaba esperándole y que le gritaba de lejos:

— ¿Qué me traes hoy, ño Tom?

En este período de nuestro relato, toda la familia de Saint Claire se había trasladado a la casa de campo que tenía a la orilla de un lago en las inmediaciones.

El excesivo calor de la estación había ahuyentado de la ciudad a cuantos tenían medios de salir de ella, y muchos habían acudido a las orillas del lago, donde se gozaba de brisas dulces y refrescantes.

La quinta de Saint Claire estaba, como las casas análogas de las Indias Orientales, rodeada de elegantes colgadizos, abiertos por todos lados sobre jardines y cuadros de flores. Allí Eva y Tom pasaban ratos muy agradables. Eva le leía en voz alta, y a veces le daba lecciones de canto, que Tom escuchaba atentamente, porque no cabía imaginar discípulo más dócil que ño Tom.

Había oído Tom a menudo hablar con tristeza a la niña Ofelia sobre la salud de Eva, que todas las recetas y prescripciones de los médicos no habían podido mejorar. Desde seis meses atrás venía observando que las manitas de la niña iban poniéndose transparentes, que su respiración iba haciéndose más penosa, y que si se ponía a jugar y corretear por el jardín, como antes lo hacía durante larguísimos ratos, ahora se cansaba muy pronto, teniendo que sentarse sin aliento y rendida de fatiga. Una tarde hallábase Tom a su lado en el jardín, muy cerca de la casa, sentados ambos en el césped. Oyóse la voz de Ofelia que decía:

— ¡Eva, Eva, hija mía, mira que hay ya mucho re-lento y que te hace mucho daño! ¡No debieras estar fue-ra de la casa a estas horas!

Eva y Tom se apresuraron a entrar en la casa.

— Mamá — dijo un día Eva a su madre —, ¿por qué no enseñamos a leer a nuestros criados?

— ¡Vaya una pregunta! — contestó su madre —. Pues porque para nada les hace falta saber leer. No trabajarían más ni mejor por eso, y han nacido para trabajar.

— Pues Ofelia ha enseñado a leer a Topsy — dijo Eva.

— Sí; y ya estás viendo lo que ha conseguido. Top-sy es la criatura más perversa del mundo.

— A la pobre Mammy le gustaría saber leer, para entretenerse cuando está sola — dijo Eva.

Pero su madre se puso a guardar cosas en una ga-veta y no le contestó. Poco después le dijo:

— Aquí tengo algunas cosas para ti, hija mía. Son alhajas que pienso regalarte cuando salgas al mundo. Te las pondrás cuando vayas por primera vez a un baile.

Eva tomó el estuche, y sacó de él un collar de bri-llantes, que estuvo un rato contemplando.

— ¿Han costado mucho, mamá?

— Seguramente. Tu padre me los envió desde París, y valen una pequeña fortuna.

— Quisiera que fueran míos, y poder disponer de ellos a mi antojo.

Cuentos de Calleja

— ¿Qué harías de ellos?

— Los vendería; compraría con el dinero que sacara de ellos terreno en los Estados libres, y llevaría allí todos nuestros esclavos, poniéndoles maestros para enseñarles a leer y a escribir.

Eva fué interrumpida por las risas de su madre.

— ¡Fundar una escuela! — exclamó —. ¿Y por qué enseñarles sólo a leer y escribir, y no también a tocar el piano y a pintar sobre terciopelo?

— Pero, mamá, me parece que no hace falta enseñarles tantas cosas, pero a leer y escribir, sí; porque yo sé que hay muchos de ellos que sienten no saberlo. Tom y Mammy y muchos otros sé que lo sienten mucho.

— Vamos, Eva; eres una niña y no entiendes nada de esas cosas.

Capítulo X

POR el tiempo de que estamos hablando, llegó Alfredo, hermano de Saint Claire, con su hijo mayor, Enrique, muchacho de unos doce años, a pasarse unos cuantos días con sus parientes en la quinta de las orillas del lago.

Enrique y Eva eran poco más o menos de la misma edad, y se entretenían dando largos paseos a caballo. Eva iba en su haca favorita, blanca como la nieve, y Enrique en un caballo árabe, completamente negro, que había elegido.

Durante los días de la visita de su primo, Eva se había fatigado más de lo que sus fuerzas le permitían, y desde entonces comenzó su salud a decaer rápidamente. Hasta tuvo que quedarse en casa una temporada.

Hubo, al fin, que llamar al médico, y éste declaró que los síntomas que advertía en la niña eran muy graves. Era cosa sabida ya de cuantas personas la rodeaban y sentían cariño por ella. Tom no necesitó saber la opinión del médico; pues tenía seguridad de que los temores que hacía tiempo abrigaba eran harto fundados.

— Perderemos de seguro a la niña Eva — dijo a Mammy.

Cuentos de Calleja

— ¡Ay, así será, por desgracia! — contestó Mammy, levantando las manos al Cielo —. Ya le he dicho al ama que esa niña no vivirá mucho.

En aquel momento subía Eva brincando las gradas del colgadizo, para juntarse con su padre. El día estaba ya bastante avanzado. Eva estaba vestida de blanco, y los rayos del sol parecían rodear su rubia cabecita de un nimbo de gloria. Los ojos y las mejillas de la niña brillaban como si un fuego sobrenatural interior la abrasase. Una calentura lenta la consumía.

— Vamos, niña querida — le dijo Saint Claire, acariciándola —, ¿tienes algo que pedirme?

— Sí, papá: precisamente iba a pedirte una cosa. Prométeme que Tom será libre cuando yo. . .

Detúvose un momento Eva, y acabó diciendo:

— Cuando yo haya dejado de vivir.

— Sí, querida niña; yo haré todo lo que tú quieras.

Un domingo, por la tarde, Saint Claire, tendido en una silla larga en el colgadizo, oyó la voz de Ofelia que reñía a alguien dentro de la casa. Sin duda ese alguien debía ser Topsy.

— ¿Qué pasa? — preguntó Saint Claire en voz lo bastante alta para que se le oyera desde dentro.

Ofelia se presentó en el colgadizo completamente fuera de sí, quejándose de la conducta de la negrita.

— Ven acá, mico — dijo Saint Claire, dirigiéndose a Topsy.

Acercóse la negrita.

— Vamos a ver — le preguntó —: ¿por qué te portas tan mal?

— Porque tengo muy mal corazón. Es lo que dice la niña Ofelia.

— ¿No sabes cuánto ha hecho por ti la niña Ofelia? No puede haberse portado mejor contigo; ha sido para ti una madre.

— Eso mismo decía mi antigua ama. Esa hacía todavía más que la niña Ofelia, pues me daba azotes más fuertes, me arrancaba los pelos y me daba de cabezadas contra las paredes, y de nada le servía. Yo creo que aunque me arrancasen todos los pelos, no aprovecharía de nada, porque yo soy muy mala.

Eva, que había oído toda esta conversación en silencio, hizo una señal a la negrita para que la siguiera, y ambas se alejaron juntas.

— ¿Por qué eres tan mala, Topsy? — le preguntó Eva —. ¿Por qué no haces por corregirte y ser buena? ¿No quieres a nadie en el mundo?

— Yo no sé lo que es querer a nadie. Yo quiero el azúcar y los dulces, y nada más.

— Pero, ¿tú querrás a tu padre y a tu madre?

— Yo no he tenido nunca padre ni madre; su merced lo sabe, porque ya se lo he dicho.

— Sí que me acuerdo que me lo has dicho; pero, ¿no tienes tampoco hermanos, ni hermanas, ni tíos?

— Tampoco los he tenido nunca; yo no he tenido parientes ni a nadie.

— Pero si quisieras ser buena, lo serías.

— Yo no seré nunca ni puedo ser más que una negra, por buena que sea. Si pudieran desollarme y volverme blanca, entonces puede ser que tratase de volverme buena.

— Pero, aunque seas negra, podrías hacerte querer. Te querrían de seguro, si fueras buena.

Topsy contestó con una risita y una mueca en que claramente demostraba su incredulidad.

— ¡Cómo!; ¿no crees que te querrían si fueras buena? — le preguntó Eva.

— No, niña; nadie quiere a los negros; los negros no valen para nada; pero lo mismo me da —. Y la negrita se puso a silbar.

— Pues bien, Topsy, desgraciada, yo te quiero — exclamó Eva —. Y te quiero porque no tienes padre, ni madre, ni amigos; porque has sido siempre una infeliz criatura, maltratada por todos. Yo te quiero y deseo que seas buena. Yo estoy muy mala y creo que viviré poco tiempo, y eso mismo me hace desear más que te corrijas y que seas buena. Yo quisiera que fueras buena por amor a mí, que te abandonaré dentro de poco tiempo.

Los ojos negros de la negrita estaban empañados por las lágrimas. Esas lágrimas fueron cayendo una a una en la manita de Eva.

— ¡Ay, querida niña Eva, querida niña Eva! — contestó Topsy —. Haré por ser buena en adelante; hasta ahora no se me había ocurrido.

Eva iba perdiendo fuerzas de día en día; adelgazaba a ojos vistas y salía cada vez menos. Pasábase lo más del tiempo en su cuarto, tendida en una silla larga, al lado de la ventana abierta.

En tal posición estaba un día, cuando sintió la voz de su madre que reñía a alguien.

— ¡Todavía otra fechoría más!; ¿has tenido el atrevimiento de robarme mis flores?

— Perdón, niña; eran para la niña Eva.

Eva reconoció la voz de Topsy. Se levantó de la silla y dijo a su madre:

— Mamá, te suplico que no riñas a Topsy. Nada me gusta tanto como las flores. Dile a Topsy que me dé ese ramo. ¡Qué precioso ramo! — añadió, contemplando el que Topsy acababa de darle —. Oye, Topsy — prosiguió diciendo —: tráeme uno como éste todos los días. Haces unos ramos preciosos.

La negrita hizo una ligera reverencia y se marchó.

— Mamá — dijo Eva —, estoy muy contenta con Topsy. Me parece que ha mejorado mucho en condiciones de algún tiempo acá.

Estaba tratándose, por esos días, de trasladar a Eva a la hacienda de su tío, que no estaba lejos de allí; pero se iba dejando de un día para otro, porque Eva no se levantaba de la cama y estaba cada día más débil.

Un día hizo que la cortaran unos cuantos rizos de los muchos que tenía en su cabellera, y los distribuyó entre las personas allegadas a ella, sin omitir a Mammy

Cuentos de Calleja

ni a ño Tom. Otro día hizo ir a su cuarto a todos los criados para despedirse de ellos. Todos sabían que la niña que tanto amaban iba a dejarlos para siempre.

Durante los últimos días de la enfermedad de Eva, Tom no se acostaba en su cuarto. Pasábase las noches enteras en el colgadizo, dispuesto a acudir al menor ruido. Y, en efecto, una noche, hacia la mitad de ella, se extinguió la vida de la niña. Tom había corrido a avisar al médico, pero cuando éste llegó era ya tarde.

Tom y los otros esclavos no podían consolarse de la pérdida de su amita querida. Topsy se esforzaba en reanimarla, ofreciéndole flores de diversas clases, y en particular rosas. Sentíase completamente sola en el mundo, después de la muerte de la única persona que la había querido.

Capítulo XI

FUERON pasando semanas después de la muerte de Eva, y el río del tiempo fué volviendo a su cauce. Para su padre, el vacío que dejó fué terrible. Quiso obedecer la voluntad de la niña con respecto a Tom, y decidió darle la libertad. Un día le dijo:

— Tom, voy a hacer de ti un hombre libre. Arregla, pues, tu maleta, y prepárate para volver a Kentucky.

El destello de alegría que brilló en el negro rostro de Tom disgustó un tanto a Saint Claire.

— No se te ha tratado tan mal en mi casa para que te alegres tanto de abandonarla — le dijo con cierta sequedad.

— No es eso, el amo — le replicó Tom —: la libertad es lo que alegra.

— Pero, Tom, ¿no crees haber sido más dichoso en mi casa que libre?

— No, el amo — contestó Tom —. Mentiría si lo dijera.

— Vas, pues, a marcharte y a dejarme — dijo Saint Claire con tristeza —. ¡Es natural, después de todo! — añadió.

— Yo no dejaré a su merced mientras esté triste, ni mientras pueda serle útil — le contestó Tom.

Cuentos de Calleja

Un día Topsy corría apresuradamente, llamada por Ofelia, ocultándose al mismo tiempo algo en el seno.

— ¿Qué llevas ahí, tunanta?; ¡dámelo al momento! — exclamó Ofelia advirtiéndolo el bulto.

Topsy estuvo un momento vacilante; pero a la repetición del mandato entregó a Ofelia un objeto pequeño, envuelto en el pie de una media vieja. Abierto el lío, quedó de manifiesto un paquetito que Eva había regalado a Topsy y el rizo de pelo que le había dado el día memorable de la despedida.

Saint Claire, que presenciaba esta escena, sintió agolpársele las lágrimas a los ojos. Comprendiendo que sería hasta ridículo darle la libertad a Topsy, pues para nada le serviría, y hasta le sería dañosa, consultó el caso con su prima y le pidió consejo.

La respuesta de Ofelia le sorprendió. Pidióle ella que le regalara la negrita, prometiéndole por su parte no abandonarla y hacerle la vida tan dichosa como estuviera en su mano, en memoria de Eva.

— ¡Pero si la negrita es tuya!; ¡si la compré para tí! — le contestó Saint Claire.

— Ya lo sé; pero quiero que la cosa se haga con toda legalidad. Haz un documento, cediéndomela en toda regla.

Saint Claire extendió en el acto una escritura de cesión, que firmaron él y su mujer.

Poco después salió Saint Claire a dar una vuelta. Entró en un café donde tenía por costumbre pasarse

algunos ratos leyendo periódicos. Mientras pasaba la vista por los de la tarde, dos hombres, medio ebrios, se enredaron en riña. Saint Claire acudió a separarlos, y queriendo desarmar a uno de ellos recibió una puñalada en el costado.

Condujéronle malherido a su casa, y allí le prestaron toda clase de auxilios, pero inútilmente, porque la herida era mortal. Sin habla ya, estrechó la negra mano de Tom, que estaba a su lado, y expiró.

Capítulo XII

LA muerte de Saint Claire sumió en la consternación a todos los criados de su casa. Ninguno sabía lo que iba a ser de ellos. Un día dijo Adolfo a Tom:

— Acaban de decirme que van a vendernos a todos. No encontraremos nunca un amo como el que hemos perdido; pero, a pesar de todo, prefiero que me vendan a seguir con el ama, que no es nada buena con nosotros.

Tom se alejó con el corazón oprimido. La esperanza de la libertad y de volver a reunirse con su mujer y sus hijos le había sostenido hasta allí. Fué a ver a Ofelia, que se había portado muy bien con él después de la muerte de Eva.

— Niña Ofelia — le dijo —: el amo me había prometido la libertad. Varias veces me dijo que ya había comenzado a dar los pasos necesarios para dármele. Yo quisiera que la niña tuviera la bondad de hablar sobre esto al ama.

— Hablaré por ti, Tom, y haré cuanto pueda — le contestó Ofelia.

En seguida fué a ver a la viuda de Saint Claire, que estaba ocupada en aquel momento en arreglar sus negocios. Díjole la viuda que pensaba dejar la ciudad y

verder sus propiedades y los esclavos de su marido, conservando sólo los que eran de su propiedad particular.

— Venía principalmente a hablaros sobre Tom. Mi primo le había prometido la libertad, y él la desea vivamente.

— ¿Hay algún negro que no la desee? Todos la desean, porque no se conforman con nada, y siempre aspiran a tener lo que no tienen.

— ¡Pero Tom es tan bueno, tan leal, tan trabajador!

— No tenéis nada que decirme; he visto cientos de negros tan buenos como él.

— Pero considerad—dijo Ofelia—que si lo vendéis, puede ir a dar en manos de un amo malo.

Ofelia vió bien pronto que nada sacaría de la viuda de su primo, y optó como más práctico por escribir a la señora de Shelby, antigua ama de Tom, exponiéndole el caso y rogándole que hiciera algo en su favor. Pero al día siguiente, Tom, Adolfo y media docena más de esclavos de Saint Claire fueron conducidos a un almacén de esclavos, desde el cual se los llevaría al mercado para sacarlos a subasta.

Tom y casi todos sus demás camaradas llevaban maletas voluminosas, repletas de ropa y de otros efectos. Pasaron la noche en un vasto departamento, donde estaban reunidos muchos esclavos de todas edades y colores, destinados, como ellos, a la venta. Reinaba allí gran algazara, y se dejaban oír fuertes risotadas.

— ¡Ea, hijos míos, alegraos, refos; aquí debe haber alegría y buen humor! ¡Mi gente está siempre alegre! — decía el señor Skeggs, director del establecimiento.

Tom no estaba de humor de divertirse. Sentóse sobre su baúl, con la cara apoyada en el muro. Adolfo también estaba tristísimo.

Al día siguiente se celebró la subasta. Pregonábase en inglés y en francés la mercancía. Llególe su turno a Tom, y fué vendido facilísimamente, porque su aspecto le recomendaba. Acercósele un sujeto de facha ordinárisima, y le dijo con dureza:

— Estate ahí quieto.

Al día siguiente estaba Tom sentado, encadenado de pies y manos, a bordo de un barco pequeño que remontaba la corriente del río Rojo. Sus dulces sueños de libertad se habían desvanecido para siempre.

El señor Simón Legrée, amo nuevo de Tom, llevaba consigo siete esclavos más, todos ellos adquiridos por él en el mercado de Nueva Orleans. Así que los tuvo a bordo, dió una vuelta alrededor de ellos para examinarlos. Detúvose delante de Tom, el cual llevaba todavía puesta la ropa que le habían obligado a vestir para presentarse en la subasta, que era la mejor que tenía.

— ¡Quítate esa corbata! — le dijo con rudeza. Y como Tom, que se manejaba con dificultad por llevar las esposas en las muñecas, tardara en quitársela, se la arrancó de un tirón y se la guardó en el bolsillo.

Dirigióse en seguida Legrée a la maleta de Tom y

sacó de ella un par de pantalones viejos y una blusa que solía usar Tom en las faenas de limpieza del establo en casa de su anterior amo. Quitóle las esposas, e indicándole un lugar vacío que había entre dos fardos, le dijo:

— Entra ahí, quítate la ropa que llevas puesta y ponte esta otra.

Hizo Tom lo que se le había mandado, y volvió a los pocos instantes.

— Ahora quítate las botas y ponte estos zapatos — le dijo, entregándole unos zapatos toscos, como los usados generalmente por los esclavos de campo.

Tom obedeció una vez más, pero con una impresión de profunda tristeza impresa en su rostro.

Pero su amo no había acabado todavía. Llevóse a la proa la maleta de Tom, la cual estaba provista de muy buenas prendas de ropa, y fué vendiéndolas una por una a los marineros. Por último vendió la maleta cuando la hubo vaciado de todo lo que contenía. Hecho esto, volvió al lugar en que estaba Tom, y le dijo:

— Ya ves que te he desembarazado del peso de tu equipaje. Cuida de la ropa que llevas puesta, porque tardarás en tener otra. Yo soy una especialidad para hacer económicos y cuidadosos a los negros. En mi casa se te dará una esquivación (1) al año.

(1) Traje basto de faena, que se da a los esclavos de campo.

Detúvose el barco en el muelle de una aldea. Simón Legrée desembarcó allí con su cuadrilla de negros. Tom y sus compañeros caminaron penosamente por espacio de dos horas, siguiendo al coche en que iba Simón Legrée, hasta que llegaron a la finca de éste. Tom no sabía a qué trabajo iría a destinarle.

Entre los ocho esclavos recién adquiridos por Legrée había dos mujeres: una casi una niña, Emelina; la otra, joven todavía, se llamaba Lucía. Legrée se quedó con Emelina para su servicio particular, y entregó la otra a un negro favorito suyo, llamado Sambo, que le servía de contramayoral, como también otro que tenía por nombre Quimbo.

Había en la hacienda, entre otras mujeres, una llamada Cassy, que tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, favorita de Legrée, en cuya compañía vivía, muy a disgusto de ella; pues había disfrutado, antes de caer en sus manos, de las ventajas que proporciona al esclavo el pertenecer a casas ricas y distinguidas. Esa mujer aborrecía a Legrée, y éste, que se iba cansando de ella, la sustituyó por Emelina, que acababa de comprar, y mandó a Cassy al trabajo con los demás esclavos.

Un día estuvo trabajando Tom en la recogida del algodón al lado de Lucía y de Cassy. Para ayudar a la primera, que estaba débil y enfermiza, aprovechaba Tom los momentos en que le parecían estar distraídos los contramaorales que vigilaban el trabajo, para echar en la cesta de Lucía parte del algodón que debía

LEGREE

TD

haber echado en la suya propia. Advirtiéndolo Sambo, y dió cuenta del hecho a Legrée a la vuelta del trabajo, al pesar la labor que cada uno de los esclavos había efectuado. La de Lucía, a pesar de la ayuda de Tom, era menor que la de otros.

— Sábetete — dijo Legrée a Tom — que mi ánimo, al comprarte, no ha sido ponerte al nivel de los demás esclavos, sino darte un puesto más alto, y ahora mismo quiero que te estrenes en el ejercicio de tus funciones. ¿Ves esa mulata? — prosiguió diciendo, indicándole a Lucía —. Tráela para acá y dale una buena mano de correazos, para que aprenda a andar más lista otro día. Es una operación fácil, que habrás visto hacer muchas veces, y en que no te será difícil practicarle.

— Perdón, el amo — le contestó Tom en tono humilde, pero con firmeza —. Estoy dispuesto a trabajar en todo lo que el amo me mande; pero nunca he maltratado a nadie: no lo he hecho nunca, y no podría hacerlo; me es imposible.

— Tendrás que aprender muchas otras cosas que no sabías hacer antes de venir conmigo — le contestó Legrée. Y empuñando una tralla de cuero de buey, cruzó la cara a Tom de un latigazo, acompañando ese acto brutal con una granizada de golpes.

— ¡Bueno! — dijo deteniéndose para tomar aliento —. ¿Sostendrás todavía que no eres capaz de hacer lo que acabo de enseñarte?

— Sí, el amo — le contestó Tom, limpiándose con la

mano la sangre que le corría por la cara —. Estoy dispuesto a trabajar mientras viva y mientras no me abandonen las fuerzas; pero no me pida el amo que haga lo que no es justo: eso no lo haré nunca.

— ¡Cómo, miserable negro! ¿Te atreves a decirme que no es justo lo que te mando? ¿Quién te ha dado derecho a decidir sobre lo justo y lo injusto? ¡Yo te enseñaré tus deberes!

— Si quiere el amo matarme, máteme; pero hacerme levantar la mano contra nadie no lo intente, porque no puedo: antes me moriría.

Legrée estaba trémulo de ira; sus ojos grises despedían rayos.

— ¡Acá, Sambo y Quimbo! — exclamó —. Dadle una paliza a este perro, y que sea tal, que le quede en un mes recuerdo de ella.

Los dos gigantescos negros se arrojaron sobre Tom con verdadera furia. Todos los esclavos se levantaron, como movidos por un resorte, al ver a Tom arrastrado, sin que opusiera la menor resistencia, por sus dos verdugos.

Aquella noche se hallaba Tom tendido en el suelo, solo, ensangrentado, lanzando quejidos lastimeros, en un departamento viejo y abandonado de los almacenes, entre piezas estropeadas y rotas de maquinaria, montones de algodón averiado y otros objetos de desecho. Aquejábale una sed ardiente, que venía a agravar los horribles dolores que padecía.

Sintió unos pasos en la pieza inmediata y vió, momentos después, acercarse alguien con una linterna en la mano.

— ¡Por el amor de Dios, un poco de agua! — exclamó con voz doliente.

Cassy — porque era ella — puso en el suelo la linterna, y levantando la cabeza de Tom le llevó a los labios un vaso que había llenado del agua que echó de una botella que consigo llevaba. Dos veces apuró Tom el vaso con la avidéz propia de la fiebre que le abrazaba.

— Bebe cuanto quieras — le dijo la esclava —. Ya sabía yo lo que iba a pasarte. No es ésta la primera vez que vengo a altas horas de la noche a dar de beber a desgraciados como tú.

— Gracias — dijo Tom cuando hubo bebido.

— Ahora — le dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta y arrastrando adentro de la sala un jergón de paja, sobre el cual extendió varios paños empapados en agua fresca — haz por tenderte aquí.

Tom pudo, a duras penas y con grandísimo trabajo, echarse en el jergón que Cassy le había acercado; pues tenía el cuerpo tan molido de los golpes y tan cubierto de verdugones y heridas, que le era casi imposible hacer el menor movimiento. Pero, una vez que se halló tendido en el jergón húmedo, experimentó grande alivio.

Aquella mujer, habituada de largo tiempo atrás a

socorrer a los mártires de la brutalidad de Legrée, conocía muchos remedios para dulcificarles sus dolores. Continuó prestando a Tom cuantos cuidados pudo. Púsole debajo de la cabeza un saco de algodón a guisa de almohada.

— Es cuanto puedo hacer por ti, Tom — le dijo —. Te has portado como un héroe — prosiguió —; pero es inútil cuanto hagas; luchas en vano contra la brutalidad de ese hombre.

Tom iba a contestarle, pero ella le cortó la palabra con un ademán.

— No hables — le dijo —; haz por dormir, si puedes.

Dejóle agua al alcance de la mano, arregló la almohada lo mejor que pudo y se alejó.

Capítulo XIII

HALLÁBASE el pobre Tom en un estado deplorable; pero su amo quiso ver si, a pesar de todo, podía emplearlo en algo. Dirigióse, pues, al lugar en que yacía.

— Vamos a ver, ¿cómo te encuentras?; ¿no te advertí ayer que te enseñaría algunas cosas que no sabías? ¿Te ha parecido bastante la lección, o quieres que se repita?

Tom no contestó.

— ¡Levántate, bruto! — dijo Legrée, dándole con el pie —. ¿Cómo estás tan torpe para moverte?, ¿acaso has pillado algún frío la noche pasada?

Tom, que sacando fuerzas de flaqueza había logrado ponerse de pie, miraba a su amo con aire tranquilo e impasible.

— ¡Hola!, ¿conque puedes sostenerte de pie? Creo que no te han vapuleado bastante. Ahora ponte de rodillas y pídemle perdón por lo que ayer me dijiste.

Tom no hizo el menor movimiento.

— ¡De rodillas, perro! — gritó Legrée, dándole un latigazo.

— Es imposible — dijo Tom —: he obrado conforme con mi conciencia, y lo mismo haré siempre en casos

semejantes. No cometeré nunca la crueldad que el amo quiere que cometa. . . ¡Y que sea lo que Dios quiera!

— ¡Pero tú, por lo visto, no sabes lo que te espera! Crees que se te ha maltratado, pero eso no ha sido nada. ¿Qué dirías si mandara que te amarraran a un árbol y que te quemaran a fuego lento? Te parecería divertido, ¿eh?

— Amo —le contestó Tom—, sé que su merced puede hacer cosas horribles; pero cuando haya matado mi cuerpo, estaré libre de sus torturas.

— ¡Pues yo sabré hacer que dobles antes la cerviz!— exclamó Legrée, frenético de ira.

— Dios me ayudará — respondió Tom.

En respuesta, Legrée lo derribó de un puñetazo, y siguió encarnizándose con él hasta dejarlo medio muerto.

Una vez más tuvo Cassy que atenderlo.

— Te matará poco a poco a fuerza de golpes y de martirios; lo conozco hace tiempo — le dijo Cassy.

Y, en efecto, Legrée no cesó de martirizarlo. Varias veces fué apaleado por Sambo y Quimbo. Cuando acudió Legrée a ver el resultado de su tratamiento, no pudo menos de exclamar al ver al pobre Tom:

— ¡Creo que está muerto!

La pobre Cassy redobló sus cuidados y atenciones con el pobre negro; pero comprendió que todo era inútil, y que ya no había manera de salvarlo. Pero, por dicha para el infeliz, tuvo un consuelo antes de morir.

JORGE ANTE LA TUMBA DE TOM

La Cabaña de Tom

Aún estaba vivo, cuando llegó un día a la finca de Legrée un joven con el deseo de ver a Tom.

— Vengo — dijo — de parte de mi madre, la señora de Shelby. Me llamo Jorge Shelby, y mi padre es el antiguo amo de Tom.

Dijéronle que Tom estaba en el almacén viejo, y corrió allí a verle.

— Pero, ¿es posible, es posible? — dijo con acento desgarrador, arrodillándose al lado del mártir, que yacía tendido e inmóvil en el suelo.

— ¡Tom, pobre viejo amigo!; ¡no morirás, no! — exclamó fuera de sí.

— Llegas muy tarde, niño Jorge: estoy acabando — le contestó el pobre Tom —. No le digas a mi Cloe el estado en que me has encontrado; dile sólo que me has visto a las puertas de la muerte.

Y al decir estas palabras apretó Tom la mano de Jorge, y no volvió a hablar más; todo había acabado.

Jorge fué a ver a Legrée, y le dijo:

— ¿En cuánto me vende usted el cuerpo de ese pobre Tom? Ha sacado usted de él todo lo que podía darle.

— Yo no vendo negros muertos — le contestó Legrée —. Puede usted enterrarlo donde y como quiera.

— Me falta que decirle — agregó Jorge — lo que pienso sobre este asunto horrible. Le aseguro que desenmascararé al asesino y lo entregaré a la Justicia.

Cuentos de Calleja

— Haga usted lo que quiera — le contestó Legrée, volviéndole la espalda.

Fuera de los linderos de la finca de Legrée, en una pequeña colina arenosa, sombreada por unos cuantos árboles, hizo Jorge enterrar el cuerpo de Tom.

Después de rellenar de tierra la huesa, la cubrieron de césped.

Jorge quedó solo contemplando la tumba del que había sido su fiel esclavo, y juró ante Dios hacer cuanto pudiera para librar a su Patria de la plaga de la esclavitud.